

Como dice Paca – mi querida madrina - ¿no es posible que te acuerdes de tantas cosas de cuando eras tan pequeño? La verdad es que si me acuerdo, quizás sea por lo mucho que amo a Robleda.

Recuerdo con especial deleite cuando me mandaban con las vacas a Puertalabrime, Mariñaza o el Coto Campudanta. Siempre con la merienda a cuestas. Tocino con algo de jamón, pan de centeno bien horneado en el horno del Ti Manuel o de la Ti Abelina y, cómo no, un trozo de chocolate Santocildes, duro como una piedra, pero era lo que había.

Recuerdo ir con el ganao y en especial los días de lluvia y niebla. Me acompañaba o mejor dicho yo acompañaba a Concepción (Chonica) y mientras ella vigilaba al lobo yo no salía de la lumbre tapado con una manta que al mojarse pesaba lo indecible.

Recuerdo cuando llegó la luz a Robleda. ¡qué momentazo! Mis abuelos, Salvador y Petronila con mi madre – Carmen – y mis tíos, Alfonso y Fina, todos, en la cocina mirando la puñetera bombilla a la que se le iluminaba poco, muy poco, el filamento, pero era la LUZ, un invento maravilloso. ¡Fuera los candiles de carburo!

Recuerdo cuando se recogían las patatas. Después de que mi abuelo arara para descubrirlas, los demás, agachaditos las recogíamos, las cargábamos en el carro y vuelta para casa. En la puerta, después de desjuñar las vacas, se empinaba el carro y, una vez más de rodillas, a separar las grandes – para vender – de las de consumo y de las que servirían para sembrar el año próximo. Todo ello alumbrándonos con algún candil.

Recuerdo, también especialmente, las matanzas en mi casa o en las del Tio José o la Tía María (hermanos de mi abuelo). Al amanecer, con muchísimo frío se hacían los preparativos y un pequeño desayuno (pan de centeno, aguardiente, higos y quizás alguna pasta). Luego la muerte del cerdo y su preparación. ¡Qué sabor tenía aquel trocito de lomo asado!

Recuerdo mis juegos infantiles en La Llama con Paquito, Julita, Andresito, Rodolfo y otras veces con más gente – Toñín el del Filo, Maribel, Paquita, Mari, Patricio, Manolo, Rosi, Carmina, etc., perdonarme los que estabais y no estáis.

Recuerdo los buenos ratos pasados en casa del Ti Manuel y la Ti Rosaura con Patricio, Manolo, Toñín, Maribel y Julita.

Recuerdo las Fiestas con los de Rabanillo subidos en el carro, tocando sin parar, atronando La Llama y aquellas “cintas de fosforo” que las mojabas, te las frotabas en la cara y los brazos y relucíamos como extraterrestres.

Recuerdo la taberna de mi abuelo, los bailes que se hacían, ¡hasta una vez hubo circo en ella!

Recuerdo a mi madre enseñando a coser en la sala de estar y a mi tía y a mi abuela despepitando habas.

Recuerdo especialmente el sabor de los calostros cuando paria una vaca y a Cacharrera – la burra – trasportando los pellejos de vino hacia Cervantes o Sampil.

Recuerdo con mucho picor, la siega de la hierba y su recogida. Igualmente la del pan. ¡Qué buenos estaban los huevos batidos con azúcar, agua y vino!

Recuerdo cuando Suso, el de Chaguaceda, me rompió, en la Llama, la escopeta de agua que me había regalado el día anterior mi abuelo.

Recuerdo la primera vez que vi una tele. Tenía ocho años y fue en la estación de Puebla. Me llevaban para Madrid. Llegue con la cara negra pues al querer ver todo no quité la cabeza de la ventanilla y el tren era de carbón.

Recuerdo aquella furgoneta que aparecía por el pueblo de vez en cuando para vender pescado. Probé en aquellos tiempos las almejas y las sardinas crudas. Hoy no sería capaz de hacerlo.

Recuerdo la noche del 9 de enero de 1959 cuando mi abuelo nos despertó a todos y nos dijo que había oído un ruido muy raro.

Recuerdo a mi abuelo Salvador quitando la nieve con una pala para poder bajar al pajar a por hierba para las vacas.

Recuerdo ver a Leo desollando corderos en la bodega de su casa.

Recuerdo los puestos azules del Puente donde se compraba la carne y el pescado. Y las caminatas andando o en burra para llegar al Mercao y comer el pincho de escabeche.

Recuerdo que me cabreaba mucho cuando algún mendrugo, por joder creo yo, me llamaba “peperrín” porque de peperrin nada, en todos los casos, Patacurta.

Recuerdo cuando iba con la familia, cruzando por el Rigüero, a la fiesta de Los Remedios donde mi tía María (hermana de mi abuela) y mi tío Alfonso tenían casa.

Recuerdo la primera vez que probé el pan blanco.

Recuerdo muy especialmente las peras corujas asadas en ceniza que me hacía mi abuela Petronila.

Recuerdo cuando se hizo la Fuente de La Castañal. También cuando nos bañábamos, los más pequeños, en la Poza del Concejo.

Recuerdo a José el padre de Julita trabajando en su corral.

Recuerdo, ya un poco mayor, ir a por pan a casa de Pepe y Felicidad y entretenerme jugando con Andresito.

Recuerdo a D. José, el médico, por el cariño que me dispensó siempre.

Recuerdo las obras de teatro que se hicieron en el Coto de Llamapereira y en la era de Tía María (Antolín) donde mi abuelo y su hermano, mi tío José hacían de buen y mal ladrón y mi tía Fina de María Magdalena.

Recuerdo los días de colegio cuando el bar de Chelo eran las escuelas de chicos y de chicas y cuando el campo de futbol eran eras. No muy grato recuerdo, pero recuerdo al fin, fue el trato con el maestro D. Bibiano. Me llamaba Petronilo y aún hoy pienso, que si lo hacía por ridiculizarme nunca lo logro, ya que Petronila para mí era devoción. Si recuerdo de buen grado aquella leche en polvo que nos daban a media mañana, creo que era del Plan Marshall. También me agrada recordar a otro maestro, de Paramio. Ese sí que nos enseñó cosas y que fácil era aprender con él.

De peor grado, pero también está en mis recuerdos, era el recoger flores los meses de mayo para llevar a la Virgen y no por el hecho de recogerlas si no porque nunca le parecían bastantes o finas o bonitas al sr. Cura (D. Jesús) Más de una vez me/nos levantaba por las patillas.

Especial mal recuerdo, el más nefasto, fue cuando por orden del sr. Alcalde nos metieron en el calabozo del Ayuntamiento. El gravísimo delito fue que a los más pequeños, los mayores nos subieron al peral del Ti Román para que les tiráramos las peras. Claro está que nos pillaron, pero solo a los de arriba, aún cuando en el calabozo terminamos todos.

No, definitivamente el miedo, no es un buen recuerdo.

Recuerdo a aquella gente que nos ha dejado y que fueron especialmente significativos para mí. Mis abuelos y mi tía Fina, mi bisabuela Carmen (Sampil), mi tío José y mi tía María (la coja), Transito, Sole y Félix y Casilda, Lorenzo y Socorro, mi primo El Pájaro, Juan Antonio, Manuel (Treintaiuno), tía María (Antolín), Concepción, Ricardo el de la Ti Abelina, Andresito (mi buen amigo), Antonio (el del Filo), Isaac (el Rosito) al que tanto echo de menos.

Son recuerdos de mi infancia, una niñez feliz y algunos más recientes. Creo que mi disco duro está al límite de capacidad.

Fonsi.